

la Tercera. Stgo. 2-I-1978. P. 9.

## GUIA DE LECTORES

661429

# Portales y su grandeza

Por HERNAN POBLETE VARAS de la  
Academia Chilena

Metódico, implacable, Enrique Bunster fue puliendo su estilo a lo largo de los años hasta llegar al grado de perfección que revelan sus últimos libros publicados (¡ironía de la vida!) cuando ya no está entre nosotros para festejar los triunfos de su pluma. Se puede afirmar, sin muchas vacilaciones, que el éxito póstumo es parte del destino de los creadores verdaderamente grandes, que no desperdician sus talentos en la búsqueda de las pequeñas glorias cotidianas acondicionadas a la moda o a la oportunidad.

Aquí está, pues, el escritor inolvidable triunfante en las *Crónicas Portalianas*, impresas en la Editorial del Pacífico con los auspicios del Círculo Portaliano. Un emocionante y erudito prólogo de Guillermo Izquierdo Araya nos abre camino hacia los diecinueve capítulos en que Bunster comenta la vida y la obra de Portales y el mundo intelectual, político y científico que el eminente estadista animó con su presencia y su maravillosa intuición, esa intuición, esa emanación espiritual que algunos historiadores, como Encina, califican de misteriosa. En estos días en que la patria busca asentar su destino y aunar fuerzas en torno de una vocación nacional, la figura del ministro evocada por Bunster constituye un ejemplo y señala un camino. Sus palabras dan luz: "La justicia expresada con buenas razones tiene gran poder, al paso que lo pierde cuando se sostiene con intemperancia. Lléve el Gobierno una marcha franca, legal, decente y honrada, y ni se nublará el horizonte, ni tendrá que temer, aunque se nuble..." Esto lo decía el hombre que, siendo ministro, toleraba la crítica en el propio Diario Oficial que él mismo creara. El hombre que, como Ministro, jamás cobró sueldos por servir al Estado y dio la vida por su causa, a fin de que el propio sacrificio encendiera la llamarada del patriotismo que parecía extinguida entre el cotorreo de los eternos descontentos y los eternos adulares. Largo tiempo le costó a Chile reconocer la grandeza de Portales y todavía su figura se pierde entre las versiones acomodaticias que se dan de su persona y de su obra. Leyendo estas crónicas de Bunster se entiende mejor al estadista genial, al ciudadano viril y noble, al intelectual riguroso que era este don Diego Portales, igualmente enemigo de los campanudos, los prevaricadores y los tontos graves. En suma, una encarnación de la nacionalidad, colocada por la Providencia en los caminos de Chile, en la hora y el lugar en que su presencia era indispensable para asegurar el destino de la joven nación.

Y sigamos con Enrique Bunster, porque otra obra póstuma llega también a manos de los lectores.

Son sus *Crónicas del Pacífico*, publicadas por la Editorial Andrés Bello en un hermoso libro, tal vez el mejor impreso junto con "Recuerdos y pájaros". Aunque los motivos sean diferentes, la tónica es la misma porque es consustancial con la vocación literaria y personal de Enrique Bunster. El Pacífico, ese "mare nostrum" de la chilenidad, fue siempre el gran campo de las inquietudes de Bunster que, como el Ministro Portales, tenía la certeza de que el destino de Chile está en su mar, en el enorme océano que se abre ante sus costas como señalándole el porvenir.

Las *Crónicas del Pacífico*, que el autor dedica a su pequeño hijo "para que mañana, cuando sea hombre, sepa del mundo fascinante con que soñaba su padre", nos conducen por mares, playas, islas, de la mano con los descubridores, los corsarios, los aventureros, los científicos, los imaginadores que abrieron el ignorado mar del sur a las corrientes civilizadoras de Europa. En estas páginas, el lector podrá admirar el consumado arte de Enrique Bunster para vestir su enorme erudición con los ropajes de la crónica amena, viva, apasionante. Las mejores novelas de aventuras palidecen ante este oficio narrativo tan puro y atrayente. Al cabo de las doscientas páginas magníficamente ilustradas de este volumen sólo cabe lamentar que tan hermosa obra haya quedado interrumpida: ¡Habríamos deseado tantos y tantos libros de esta privilegiada pluma!

Pero ya la mano que trazaba el surco del vivo pensamiento sobre el papel en la diaria tarea de crear una imagen de su tierra y el mundo, se ha detenido. Por lo mismo, leámoslo: hay una lección que aprender en estas páginas y quien la dicta es un consumado maestro.